

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 27 DE AGOSTO DE 1922

NÚM. 19.834



## Vida y muerte de Yago

NOVELA INÉDITA POR MANUEL BUENO

mente emocional, de un epicurista que no había meditado jamás sobre las consecuencias morales de sus actos, no debe ser confundido con ese examen introspectivo que hace todo hombre un poco escrupuloso antes de entregarse al sueño, para corregir y enmendar sus acciones futuras. Ese propósito de saneamiento de la conciencia que acompañaba a menudo a la preocupación de la muerte en los seres un poco tocados de misticismo, no había inquietado nunca a Rodrigo. El liquidaba con déficit el día si había perdido dinero en el juego o si se le había frustrado algún placer, y, a la inversa, consideraba el balance ventajoso si había reportado de sus relaciones con la gente alguna satisfacción sensual o alguna utilidad. Su conciencia, adormecida, no le exhortaba jamás a otros más nobles ajustes de cuentas. El eje de sus pensamientos era en aquel instante una mujer, y su preocupación más fogosa, la de seducirla.

«¿Se me entregará Irene?—se preguntaba con voluptuosa impaciencia—. ¡Si yo me decidiese a formalizar las relaciones! Pero, ¿quién piensa en casarse? Todavía, si yo fuese rico, ese paso no sería un salto en las tinieblas. Es evidente que le gusto, y aun es posible que esté enamorada de mí. ¿Por qué no? ¿No he dominado a otras mujeres?»

Y en un callado acceso de infatuación, prosiguió:

«En amor, no he podido quejarme de la fortuna. Carmen Ríos, que luego se ha casado con un comandante de Artillería, se me entregó en cuanto la puse cerco. Por mis brazos han pasado María Luisa Alcocer, Milagros Villegas, Natividad Muñoz, Clementina Jiménez Baena, y, cosa rara, ninguna dejó huella permanente en mi corazón. Apenas las recuerdo de higos a brevas. ¿Por qué será tan inconstante? Ello es que en cuanto una mujer se me entrega, me canso de sus caricias y de sus palabras y sólo pienso en abandonarla. ¡Es absurdo! ¿Pero no le sucedía lo mismo a Don Juan? Todas me han encantado un rato. Ninguna me hizo sentir el yugo que a tantos hombres encadena. Lo extraño es que no se me haya ocurrido casarme. ¡Bah! Para eso siempre hay tiempo. Cuando llegue la hora propicia, elegiré, no una de estas damiselas modernistas, que lo enseñan todo, sin invitación previa, bailando el *fort-trott* muy prendidas del hombre y fuman cigarrillos turcos en el Ritz, entre dos danzas, sino una provinciana acaudalada, que no me ponga demasiado en ridículo con su cursilería. Porque, eso sí; todo antes de pasar por cursi. ¡Cualquier día cargo yo con una señorita como la que le ha tocado en suerte a Rafael Espinal! Pero ahora de lo que se trata es de rendir a Irene Arcos, que es de todas las mujeres que trato en la actualidad la que más me gusta. ¡Qué ojazos negros los suyos! ¡Qué pelo rubio tan deslumbrante! ¡Y el palmito!»

Al recordar las líneas y relieves de la

muchacha, Rodrigo experimentaba una viva emoción. Su fantasía la desnudaba para recrearse en aquella escultura, que, al moverse, encendía la voluptuosa admiración de todos los hombres.

«Pero, ¿caerá Irene?—seguía hilando mentalmente Rodrigo—. ¿Será mía? Es muy lista y quiere casarse. Ya estuvo a punto de atrapar a Carlitos Rivera el año pasado en Biarritz, y hasta se dijo que estaba pedida; pero, de pronto, Carlitos levantó el vuelo, y se estuvo entre Ostende, París y Londres seis meses, sin dar señales de su existencia. ¡Menudo peine está el tal Carlitos! A él le trae más cuenta no romper con Amparo Villamar, que se lo da todo: el amor y el dinero. En clase de viudas bien conservadas, la de Villamar es de lo más interesante. Tampoco a mí me miraba con malos ojos, y puede que yo me hubiera decidido a abordarla si Carlitos no fuese amigo mío.»

Al hacer esta última reflexión, Rodri-

mucho; pero tienes el defecto de no contentarte con nada».

Rodrigo, al oír aquella amistosa amonestación, había fingido hacerse de nuevas; pero detrás de las amenazadoras palabras de su amigo había entrevisto el choque personal probable, con su segunda parte en el terreno de las armas, que Carlitos, aunque nada pendenciero,



go disimulaba hipócritamente la verdadera causa de su abstención amorosa con Amparo. Si él se había reportado, no fue por escrúpulos de amistad, sino porque Carlos Rivera le había dicho un día a solas en el Círculo, poniendo la más aviesa intención en sus palabras: «Mira, Rodrigo: sobre que pierdes el tiempo persiguiendo a Amparo, te advierto que te expones a tener conmigo un serio disgusto. Tú eres un hombre muy simpático, al que todos queremos

manejaba con destreza difícil de superar. Y la visión del encuentro eventual, cuyas consecuencias para él preveía, le habían reconciliado con la prudencia.

Al recogerse, ya de madrugada, Rodrigo Hermida, se encontró en el hotel un telegrama muy breve de un amigo, anunciándole su llegada para el día siguiente, a las doce de la mañana. Lo abrió, y no pudo reprimir, después de leído el texto, un cabeceo de contrariedad. Para ciertas naturalezas demasiado egoístas, cualquier alteración de una costumbre equivale a un disgusto. Rodrigo no pensó que dentro de algunas horas iba a recibir la visita de un amigo de la infancia, sobre el cual tenía ese ascendiente un poco tiránico que ejercen los temperamentos instintivos sobre las personas de carácter apacible y desinteresado. Su sola preocupación, que se reflejó en un prolongado fruncimiento de cejas, fue ésta: «Tendré que levantarme a las nueve. Pierdo, pues, tres o cuatro horas de sueño». La idea de que le serían a descuento el reposo, le exasperaba. «¿Qué estúpida idea la de Gabriel de venir en un tren de la mañana!—pensó—. Ha podido quedarse a almorzar en San Sebastián, y luego, con toda calma, meterse en uno de los muchos trenes de la tarde que salen de allí, para estar en San Juan de Luz al anochecer. Eso hubiera sido lo cómodo y lo práctico para todos. Pero, en fin, ¡qué le vamos a hacer!—continuó monologando Rodrigo—. Ese imbécil, como todos los hombres que trabajan, no sabe hacerse cargo de la distribución que se debe dar al tiempo. ¡Paciencia!»

Se desnudó de prisa y se acostó. Aunque había sobre la mesa de noche, y al alcance de sus manos, varios periódicos doblados y una novela de Galsworthy, recién publicada, el muchacho, que, dicho sea de paso, no se singularizaba por una inmoderada curiosidad intelectual, no sintió la tentación de la lectura. Encendió un cigarrillo y púsose a recapitular sus impresiones del día. Aquel balance, mera-



No se crea, sin embargo, que Rodrigo fuese cobarde. A pesar de su aparente fragilidad física, pues era flaco y de escasa resistencia muscular, se había visto comprometido en diversos lances de algún riesgo, y había salido de ellos airoosamente, asegurándose esa reputación de bravura que los caracteres un poco aventureros no desdennan, ya que les permite una cierta libertad de movimientos en provecho suyo, que de otro modo no quedaría impune.

A no ir precedido de aquella nombradía que suple a menudo con ventaja a la caballerosidad de auténtico cuño moral, Rodrigo se hubiese visto en más de un aprieto; pero el vago temor que inspiraba su elegante baraterismo, le libró de rivalidades peligrosas en el trato social y de correctivos que en otras circunstancias hubiera impuesto la gente a su osadía. Solamente cuando le salían al paso hombres de la destreza en el manejo de las armas de un Carlos Rivera o del temple del comandante Vélez, a cuya mujer había pretendido cortejar públicamente, hurtaba el cuerpo, con sagacidad de felino, a las consecuencias de un encuentro. Si Rivera, por miremientos de amistad, se había limitado a hacerle una advertencia sobre la oportunidad de sus insinuaciones a Amparo Villamar, el comandante Vélez, que no tenía por qué atenerse a aquella consideración, le había escrito una carta—cuyo texto, brutalmente agresivo, se comentaba en el Círculo—anunciándole su intención de abofetearle donde le encontrase si se obstinaba en importunar a su mujer con miradas impertinentes en teatros y paseos. Con Vélez, que era hombre muy entero y de limpia historia militar, la partida podía ser muy dura, y Rodrigo, entendiéndolo así, rogó a su amigo Gabriel, que, como médico al servicio del ejército, frecuentaba la amistad del comandante, que disuadiese a éste de su actitud, puesto que Rodrigo no había hecho nada en que pudiese fundarla. El soldado, ante aquellas excusas, que no por ser privadas parecieron menos eficaces, dió por no escrita la carta en cuestión, contentándose con romper la superficial amistad que le unía a Rodrigo. Este, por su parte, para hacer ostensible su grandeza de alma, no dió tregua a su lengua, de ordinario viperina, pregonando la gran hidalguía con que había procedido el bravo militar...

Al despertarse, un poco malhumorado por el madrugón a que le obligaba la llegada de Gabriel, pidió, como de costumbre, un vaso de agua templada, con un poco de bicarbonato de sosa, para disolver las heces biliares que le amargaban el paladar, e inmediatamente se hizo servir el desayuno. Eran las diez de la mañana, muy corridas.

—¿A qué hora llega el tren de la frontera?—preguntó al criado.

—A las doce, el primero. Luego, hay uno a las tres.

«Me da tiempo—pensó—de vestirme y acercarme un rato a la playa. Es posible que Irene haya bajado ya...»

Y se entregó, con su meticulosidad

acostumbrada, a su aliño personal, operación que exigía una hora por lo menos. Sumergido en el baño, la obsesión de Irene tornó a invadirle con más violencia. Era hombre, no de pasiones, sino de caprichos tenaces, que cuando se le malograban le producían verdaderos trastornos nerviosos. En aquel momento su capricho era Irene, y por verlo satisfecho se hubiese lanzado a las más arriesgadas aventuras, sin reparar en el daño que hacía ni en el que pudiese atraerle aquella tentación erótica. Porque lo más curioso del caso es que no amaba a Irene. Para querer es indispensable la intervención de una viscera en la que los poetas han localizado los sentimientos: el corazón; y Rodrigo no se había enterado aún por experiencia propia de la vitalidad de aquel órgano que tanto hace padecer a los temperamentos sensibles y apasionados.

Se vistió despacio, recreándose en la contemplación de sí mismo, pues, como todos los Don Juanes más o menos románticos, era fatuo, y, como siempre, se mostró contento de los dones físicos que, en compensación de otros de orden más noble que le negara el destino, le había otorgado la naturaleza. Su rostro

moreno era expresivo, sus facciones correctas, y sus ojos negros, que él sabía mover con coquetería un poco femenina, le atraían la atención de las mujeres. Como estaba ya bordeando la madurez, sus cabellos tendían a emigrar por arriba y a encanecer lateralmente; pero el uso hábil de un menajurje de perfumería les devolvía todas las mañanas su primitivo color. Contrariando la moda, no llevaba el bigote rasurado ni corto, a la americana. Se lo rizaba con arte para que no pareciese frondoso, dejándose las guías pendientes hasta las comisuras de la boca,



lo cual le rejuvenecía, dándole el aire de un adolescente. Vestía con elegancia del mejor tono, y su primer cuidado era todos los meses liquidar puntualmente con sus proveedores de ropa y calzado. ¿De qué vivía? Eso era para todo el mundo un misterio. Según unos, de una pensión que le pasaba un tío suyo, que residía en Chile. Al decir de otros, de afortunadas combinaciones de juego. En rigor de verdad, de lo imprevisto.

Al bajar a la playa experimentó Rodrigo una doble contrariedad: el tiempo amenazaba lluvia e Irene no había venido todavía.

Anchas nubes fuliginosas velaban el horizonte por el lado de España, y el color lívido de las aguas prestaba al mar el aspecto de una inmensa acumulación de bilis. No había al alcance de la vista una sola embarcación. Las olas rompían sobre la escollera de la bahía, dejando en pos de sí deleznables túles de espuma, que el mar reabsorbía prontamente. A la derecha, el verdor de los cerros era oscuro, destacando aún más la mancha ocre de los taludes que se precipitan hacia el océano.

Rodrigo, inquieto por aquel anuncio de lluvia, que probablemente iba a pri-

verá... Ahora, si no abre, agua tendremos bastante...

Y el fornido marinero vasco se alejó a sus quehaceres, que consistían en armar las tiendas de lona y la toldería con que se defienden los bañistas y no bañistas del sol.

Rodrigo, perplejo, no sabía qué hacer. Lo característico en él era la vacilación. Todo le cogía de improviso. Había bajado a la playa contando anticipadamente con el buen tiempo y con la presencia de Irene, y al encontrarse sin el uno y sin la otra, la contrariedad le sumió en la duda. «¿Qué hago? ¿Adónde voy?»

Consultó su reloj, y vió que aún faltaban cuarenta minutos hasta la llegada del tren de la frontera.

«Si subo a la Pergola—pensó—, tendré que tomar un vermut o cualquier otra porquería, y me expondré, además, a encontrarme con personas que por el momento no me interesan.»

Consternado por aquella alteración de un programa que él había previsto, como si se tratase de algo trágico e irreparable, echó a andar hacia la estación, resuelto a distraerse en el andén hasta la llegada de su amigo. Aquella idea le pareció feliz, pues le permitía simular una impaciencia por ver a Gabriel que estaba lejos de sentir, pero que no dejaría de conmover a su camarada, hombre sensible a toda manifestación de ternura.

Al encontrarse en la estación, compró un periódico e hizo grandes esfuerzos por leer. La letra de molde se le resistía y la atención se le dissipaba. Toda la cultura de Rodrigo era de acarreo verbal, de cosas cogidas al vuelo en las conversaciones de sociedad y en el Círculo. El no había tenido nunca afición a la paciencia para estudiar nada. Alguna vez, sin embargo, muy de tarde en tarde, al evocar una fecha ya lejana, o al asociar

dos recuerdos, solía decir: «Eso pasó poco antes, o poco después—según el hecho—, de haber acabado yo la carrera.» ¿Qué carrera? Rodrigo no precisaba más, como si un discreto misterio fuese la mejor fianza de su pasado intelectual. Esa vaguedad de sus antecedentes universitarios no se oponía a que fuese inteligente e ingenioso, con ingenio mordaz, que levantaba túrdigas de la piel del prójimo.

Su amistad con Gabriel databa del colegio de El Escorial, en el que pasaron juntos varios años de internado,

sometido siempre Gabriel, por su natural bondad, a la servidumbre que le imponía su camarada, que ya revelaba entonces su temperamento inquieto, su carácter antojadizo y versátil y ciertas tendencias a la perfidia y la duplicidad moral que los años debían traer a la plenitud de la madurez.

Pendiente de aquella visión retrospectiva estaba Rodrigo, pensando en la época, ya distante, en que había conocido a su amigo, cuando irrumpió el tren en la estación, con el férreo estrépito que le acompañaba siempre. Rodrigo, de pie en el andén, paseó impaciente la mirada sobre el convoy, y al advertir que entre los viajeros que se apeaban no aparecía Gabriel, tuvo un gesto de contrariedad: «Pero este imbécil, ¿se habrá dormido en el vagón?» Al fin, cuando ya habían



varle a él de algún placer, oteó por la izquierda, buscando en el cielo, por el lado de la montaña, alguna garantía de buen tiempo. Y no la encontró. Sobre las crestas pirenaicas flotaba un vapor de agua, y solamente

la cumbre de Larrune aparecía limpia de nubes.

—¿Cree usted que lloverá, Román?—preguntó a uno de los bañeros, en cuya competencia meteorológica tenía gran confianza.

—Según como sople el viento, señor... Si abre el cielo por allí—y señaló el horizonte de España—, seguro que no llo-



transcurrido unos minutos e iba el tren a reanudar la marcha, se abrió la portezuela de un vagón trasero, dejando a la vista la personalidad, bien poco interesante por fuera, del doctor don Gabriel Balmaseda, que, con toda calma, se disponía a recoger sus valijas.

Rodrigo se adelantó rápidamente a su encuentro:

—¡Hijo mío, qué flema la tuya! ¡Qué demonios haces dentro del coche, cuando ya ha saltado todo el mundo a tierra? ¿No ves que va a partir el tren?

Gabriel, sin descomponerse, volvióse a él con el rostro iluminado por una sonrisa:

—¡Hola, Rodriguito! Tú, como siempre, tan nervioso... Ven, ayúdame un poco... Toma este neceser... Yo me hago cargo de la maleta grande y de Felisa...

—¿Qué Felisa? ¿Es que te traes a San Juan de Luz alguna querida?...

—No... Es una perrita negra que he comprado en Colombia... No puedes imaginarte un animalito más inteligente ni más cariñoso... Yo la quiero como si fuese mi hija...

Y apoderándose de una cesta de mimbreros, se la puso con todo cuidado debajo del brazo izquierdo, que le quedaba libre.

Rodrigo, al advertir la presencia del can, hizo un movimiento ambiguo, como si aquella adquisición de su amigo no le interesase.

—¡Eal! ¡Vámonos al hotel!... Ahí estará el auto del Golf—exclamó, impaciente.

—Pero permíteme que antes te dé un abrazo, querido Rodrigo... No te he visto desde hace cuatro años...

Y, dejando sobre el andén los bulios que llevaba, abrió fraternalmente los brazos a su camarada, que se dejó estrechar en ellos sin poner de su parte el menor entusiasmo cordial.

—Te advierto que he estado esperando más de una hora—dijo, por corresponder de algún modo a aquella efusión amistosa—. Tu telegrama de ayer me puso muy contento.

Y a renglón seguido añadió:

—Pero dime: ¿tú continuas siendo un extravagante?

Y como su amigo le mirase con aire de estupor, prosiguió:

—¿A quién se le ocurre viajar por la mañana? Tenías por la tarde cinco o seis trenes cómodos, uno de ellos con vagón restorán...

Ya instalados en el auto del hotel, Gabriel distrajo un poco la mirada en torno suyo. Era muy sensible al encanto de las cosas y de una emotividad artística que a ratos se le desbordaba, sobre todo bajo la influencia musical.

—¡Qué bonito es todo esto!—exclamó, sin apartar la vista del horizonte.

El viento había cambiado de cuadrante, barriendo las nubes, y el cielo aparecía limpio, con una entonación azul virginal. Las lanchas pesqueras salían mar afuera con el velamen abierto, y algunos botes de recreo se columpiaban mansamente sobre el oleaje, dentro de la bahía. Sobre las colinas de Socoa, revestidas de un verde que la luz solar tornaba esmeraldino, se diseminaba el caserio de diversos estilos, predominando en él la traza arquitectónica vasca, que tanto va-

lor da al amplio balconaje de madera, pintado de almagre. En lo alto del cerro, y más allá de la carretera que conduce a Hendaya, se levantan otros edificios de más pretensiones, rodeados de jardinería y de huertos que una cintura de cambreras aísla de los prados y tierras de labor. Más lejos se yergue el espaldar montañoso del Pirineo, que, cuando la atmósfera está limpia, deja visibles todos sus picachos.

—¡Qué hermosura de paisaje!—exclamó Gabriel.



—Y verás qué mujeres—añadió Rodrigo, ajeno al éxtasis poético de su amigo.

—Eso me interesa menos—repuso el médico—. Yo no tengo el menor partido con las mujeres. Y es natural. ¡Con esta facha!

Y al decirlo sonrió, sin que sus palabras descubrieran ningún despecho.

Rodrigo fijó en él la atención por primera vez, y pudo comprobar que, en efecto, su camarada de la infancia distaba mucho de ser un Adonis. Gabriel Balmaseda debía andar rondando, según sus cálculos, por los cuarenta años. Ni alto ni grueso, respondía, por sus proporciones, a ese tipo medio, tan común en Castilla, que parece el resultado de las economías orgánicas de una raza que ha comido lo preciso para subsistir. La personalidad humana se caracteriza a menudo por un rasgo, y en el doctor Balmaseda ese rasgo primordial, asiento preferido de su espíritu, eran los ojos, grandes, verdes y pensativos, que al fijarse en algo, persona o cosa, lo invadían hasta el fondo. Era moreno, tirando a cetrino, y tenía la nariz un poco abultada y carnosa y la boca grande, sintomas de un temperamento sensual, que él hacía lo posible por reprimir. A estar un poco atento a preocupaciones de sastrería, hubiera parecido menos desgarrado; pero el arbitrario corte de sus trajes le alejaba de toda norma de elegancia.

—Si te vistieras mejor, parecerías otra cosa—le dijo Rodrigo con su habitual brusquedad.

—No tengo tiempo para pensar en eso... Estoy demasiado pendiente de mis trabajos...

—Sé, en efecto, que tienes gran clientela... ¿Ganarás un dineral?

—No puedo quejarme. Soy de los médicos de Madrid que más trabajan. Y eso que no me muevo de casa, como no sea

para ir a cátedra, al laboratorio y a alguna que otra consulta...

—Lo dicho, querido Gabriel. Te hace falta una mujer digna de tu posición. Una compañera que reúna las dos cosas esenciales para hacer feliz a un hombre como tú: belleza e inteligencia.

—¿Y dónde está ese mirlo blanco?... Yo soy menos exigente: con que fuese bella y buena, me bastaría.

—No. Eso es poco. Tú tienes derecho a más. Ya la encontraremos.

Y al enunciar aquellas palabras, una

ante el dolor humano y la fatalidad de la muerte. Después, cicatrizada la herida, Gabriel no había tenido tiempo de buscar una compensación a su pena en otro amor.



Contra lo que temía Rodrigo, Irene Acosta acogió las pretensiones del doctor Balmaseda, si no con entusiasmo, con esa preferencia cordial que puede transformarse, andando el tiempo, en la piedra angular del amor. El hombre, al decir verdad, estaba a cien leguas de

gustarla. Su tipo, tan diferente de los muchachos que la cortejaban, no le atraía. Su desgarbo, su falta de elegancia y, sobre todo, un no sé qué de indefinido, que fluía de él como estigma de la humildad de su origen, prevenían a Irene contra el doctor. Su misma sencillez, que al reflejarse en el trato social tenía en apariencia algo de servil, cuando no pasaba de ser, en el fondo, unas que un aspecto, el más vasto, sin duda, de su inagotable bondad, pugnaba con el temperamento de Irene, altivo y tiránico. Pero había en el espíritu de Gabriel, fuera aparte de la bondad, algo que no podía pasar, y no pasó inadvertido para la muchacha. Y ese algo era la originalidad del pensamiento;

un modo personal de ver la naturaleza y, un don nada vulgar para encontrar nuevas relaciones entre las personas y las cosas, los sentimientos y los intereses. Hombre de ciencia, poeta y artista, Gabriel descubría, sin la menor pedantería, continentes nuevos en el mundo de las ideas. Las opiniones hechas, las mediocristas sentimentales, la hipocresía bien educada y el egoísmo elegante de las personas que estaba obligado a tratar por su profesión, le estomagaban.

Cierta día, ya muy vencido el verano, que la lluvia retuvo a la gente en el hotel, Gabriel subió al cuarto de música y abrió el piano. No había nadie allí. Él mojólo, sin excluir a Irene, se había quedado abajo, bailando esas danzas modernas que muchos tienen por el colmo del impudor y otros consideran como un aliciente saludable de futuros pactos conyugales, ya que dan alas al deseo y fomentan la ilusión amorosa. En una de las treguas del baile, alguien oyó las notas del piano.

—¿Quién está tocando arriba?—preguntó María Luisa Córdoba, una cubana muy linda, que se hospedaba en el Golf.

—Debe ser Gabriel—contestó Rodrigo, encendiendo un pitillo—. Dicen que es gran músico.

Las notas de la «Sonata 21» de Beethoven, descendían suaves y aladas, como confidencias venidas del infinito. Aquel contraste entre la brutal sensualidad de los bailables que divertían a la gente abajo y la delicadeza de aquella música, impregnada de pasión y de melancolía, puso cavilosa a Irene. El «adagio», sobre todo, tiene el acento desgarrador de una queja. Es el grito de un corazón solitario en el vasto e inclemente desierto de la vida. Es la demanda de una limosna de amor, el estremecimiento de un alma que se muere de frío. Gabriel Balmaseda, que había tratado fraternalmente al po-



re Granados en París, le recordaba en la interpretación de aquella sonata, una de las más bellas e insinuantes del maestro alemán.

Al ver a Irene absorta en la emoción musical, Rodrigo la preguntó de improviso:

—¿Qué tal el sabio? ¿Te gusta?

—Es simpático, y a ratos, interesante...

La benevolencia de aquel juicio, que parecía premeditado, contrarió a Rodrigo. No era aquella la primera vez que le mortificaba la atención que Irene prestaba a su amigo.

—Es lástima que, a pesar de su talento, sea un cursi. Se diría que cuando se decide a hacerse ropa compra las prendas, por separado, en diferentes bazares...

—Sí; yo reconozco que no es precisamente un dandy; pero no hay modo de aburrirse a su lado... Tiene su palabra y no sé qué de atrayente, que distrae mucho...

—¿A que va a resultar que estás enamorada de él? Tendría gracia...

—Enamorada, no;

tú lo sabes mejor que nadie — repuso Irene, fijando en él los ojos con intención—. He dicho, simplemente, que es simpático...

Calló el piano unos minutos, y Gabriel, que estaba aquella tarde en vena de expansión lírica, abordó el concierto número 11 de Chopin. El segundo y tercer tiempo de aquella página musical son de una gracia ensoñadora e inolvidable. Jamás se ha expresado el romanticismo de un poeta con más apasionada elocuencia. Aquella página debió coincidir con la época más feliz de la corta y tormentosa existencia de Chopin, cuando amaba y era amado, en la plenitud de la ilusión. El dolor está ausente de aquella música, que parece un himno a todas las nobles seducciones con que nos tienta la naturaleza: a la mujer, a la amistad, a la fe, a la alegría del mundo, a todas las cosas, en fin, que nuestro afligido corazón quisiera que fuesen reales...

—Este hombre es, verdaderamente, un artista — exclamó Irene—. ¿Subimos a felicitarle?...

—Como tú quieras — contestó Rodrigo con un movimiento de cabeza, que lo mismo podía ser de beneplácito que de contrariedad.

Aquella noche, Gabriel invitó a Irene a dar un paseo después de comer. La lluvia había refrescado la atmósfera y era un placer el respirar a pleno pulmón a la intemperie. Lentamente, enfilaron el festón de piedra que orilla la bahía, desde el Golf-Hotel hasta la dársena en que se refugian las lanchas pesqueras. Iban despacio y en silencio, como si el encanto de las cosas ambientes los tuviera suspensos. En el cielo, de un azul profundo, flameaban los astros, como si se dispusieran a incendiar todo el firmamento. La luna, en menguante, velaba su lenta agonía con un cendal vaporoso, y una extensa cortina de nubes, prendida de las montañas, cerraba el horizonte por el lado del Pirineo. Afuera, el mar parecía en calma. Sobre las aguas soñolientas trazaban las luces de las em-

barcaciones ancladas en la bahía extraños arabescos, como si un hada escondida en el fondo del mar se recrease en formular luminosos signos cabalísticos. A no ser por el estrépito musical que salía de la Pergola y de l'Hermitage, el silencio nocturno hubiera parecido absoluto.

—¿Qué gran artista es usted, Gabriel! — dijo Irene, por romper la incomunicación en que, a su pesar tal vez, estaban los dos—. ¿Qué bien toca usted el piano! ¡Es usted un hombre de mucha sensibilidad!

—Lo de gran artista, no lo acepto. Lo de ser un hombre de viva sensibilidad, es, desgraciadamente, cierto... Lo he comprobado, sobre todo, en el ejercicio de mi profesión. No puede usted imaginarse cuánto sufro cuando no puedo salvar la vida de un enfermo. Es terrible...

—En arte, la sensibilidad es todo...

—Sí; pero en el trato social, es un inconveniente. Cuando las reacciones del espíritu no están a tono con los estímulos, la existencia es un martirio... Yo,

recible. Sobre todo, mi obsesión más tenaz es ésta: huir de Irene. No verla nunca más. No me pregunto si habrá sido o no culpable. Me basta con saber que al casarse conmigo no lo hizo por amor, sino movida por otros sentimientos, en cuyo fondo no quiero entrar, para poder seguir considerándola una mujer honrada. ¡Cuánto he sufrido, querido Pepe, a partir del día aciago de mi boda!

Al medir mi infortunio, la idea de la justicia divina se borra de mi mente. ¿Por qué yo, que no hice jamás el mal deliberadamente, he expiado con tanta dureza el delito de haber pretendido ser feliz? La muerte imprevista de Rodrigo no hizo más que afirmar el convencimiento íntimo de mi desgracia. ¡Qué dolor el de aquella mujer, al enterarse por los periódicos del accidente que le había costado la vida a su amigo! ¿Querrás creer que se empuñó en ir a velar su cadáver? Desde entonces, el desvío que yo había notado en ella al principio de nuestra vida conyugal, se transformó en aborrecimiento. Su mirada, dolorida y

go eso yo, que conozco experimentalmente los desmayos de la sensibilidad femenina? No lo sé. En cuanto a él, Pepe, bien muerto está. Yo he pensado muchas veces que el espíritu de Mefistófeles y el espíritu de Yago andan sueltos por el mundo. ¿No ha dicho Goethe que Mefistófeles es el ser que todo lo niega? Pues bien; yo creo que Yago es el ser que todo lo emponzofa. ¡Pobre del que se encuentre al uno o al otro en su camino! Si tiene fe en algo, la perderá, y si es dichoso, no tardará en conocer el dolor. Hay, sin embargo, una diferencia fundamental entre Mefistófeles y Yago. Mientras el primero pone su ambición en conquistarnos, en captarnos más allá de la muerte, porque le interesa apresar nuestro espíritu robándonoselo a Dios, el segundo nos priva de toda paz en la vida. Nos hace dudar del amigo, disuelve nuestro hogar, nos arranca con sus sarcasmos toda ilusión, esteriliza nuestra fe en los grandes sentimientos, que hacen posible y llevadera la existencia. Y Rodrigo — no me cabe duda — era

uno de los vástagos de Yago que andan dispersos por el mundo. ¡Qué fría perfidia la suya! ¡Qué tiránica sensualidad! Dime, Pepe: el mal, ¿no será algo irremediable, por ser de naturaleza orgánica? ¿No será el resultado de un desequilibrio glandular? En ese caso, si logramos algún día extirparlo del ser humano, la Medicina podrá ser considerada como la jurisdicción de la divinidad...

En fin, Pepe; compadéceme. No se sabe, hasta que se sufre, cuánto consuela la compasión ajena.

Me preguntas qué proyectos tengo. Yo mismo los ignoro en este momento. Desde luego, todo me parece aceptable menos volver a Madrid. ¿Por qué? Al llegar aquí, necesito de toda tu indulgencia. Porque, a pesar de todo, amo a

mi mujer, y temo que la tensión de la dignidad ceda y me entregue inerte a ella. La amo con pasión y de un modo extraño. No te creas que entra en ese amor la menor poesía. No. Es todo instinto. Es todo deseo. Lo que me atrae, no es su espíritu, que me es indiferente, sino su belleza. ¿Te explicas esta abdicación de mi decoro? Y, sin embargo, así es, Pepe. Cierro los ojos a solas, la veo, y me entran unas ganas furiosas de tomar el tren. Pero no temas; no lo haré. Yo no soy como nuestro pobre compañero Valderrama, que se ha resignado a vivir con una cortesana que lo ha puesto mil veces en ridículo. Le compadezco, pero no le imito.

... He recibido aquí una carta del profesor Kitosato, fechada en Tokio. Ha abierto allí un gran laboratorio y me invita a trabajar a su lado. Es hombre que me quiere mucho y al que debo mucho desde que estuve a sus órdenes en Berlín. ¡Quién sabe! Tal vez acepte.

Muchas cosas a Lola y besos a tus hijos. Mándame al Cecil-Hotel un buen retrato de mi ahijadita. Tuyo, Pepe.

Manuel BUENO

Dibujos de Agustín.



desde ese punto de vista, soy un infortunado...

Fragmentos de una carta escrita desde Londres por el doctor Balmaseda al doctor Oliva.

«Ya me figuro, mi querido Pepe, que se habrá comentado entre nuestros compañeros el que yo, que no soy hombre de bisturí, haya solicitado el venir oficialmente al Congreso de Cirugía. Es natural que la cosa haya chocado un poco. Los que me conocen se guardarán, sin embargo, de atribuir mi condición al prurito de lucrarme a expensas del Estado. En cuanto a lo que diga la gente, no me da frío ni calor. Yo necesitaba un pretexto decente, esto es, que no suscitase habladurías, para marcharme de Madrid, y lo encontré en el tal Congreso, que, como supondrás, me interesa muy a medias. Cuando termine, redactaré una Memoria teniendo a la vista las comunicaciones más salientes de los congresistas, y en paz. Pero yo quería salir de Madrid a todo trance, y sin pérdida de tiempo, sin dar a mi ausencia el más ligero viso de misterio. Madrid me es odioso, Pepe. El drama de mi hogar, que pocos conocen, me lo ha hecho abo-

colérica, parecía preguntarme: «¿Por qué ha sido él y no tú el muerto?»

En ciertos seres curtidors en la observación de los fenómenos del mundo moral, el sufrimiento, lejos de embotar la lucidez, la agudiza. Eso me ocurre a mí. La tragedia ha acabado de iluminar plenamente toda la extensión del engaño de que he sido víctima. Me he explicado la repulsión física, bien humillante por cierto, que sentía mi mujer en las horas de intimidad conyugal, su melancolía y los trastornos nerviosos de que se quejaba últimamente. Lo que me sigue torturando es una malsana curiosidad por saber si fué o no culpable, si se produjo o no el hecho desleal que separa irrevocablemente a todo hombre digno de la mujer amada. Es evidente que se amaban, y estaba para mí fuera de duda también que aquel miserable pondría de su parte todos los medios para seducirla. ¿Lo consiguió? No tengo de ello ninguna prueba. Verdad es que en mí los celos no han sido jamás la pendiente de la degradación. Yo no la he espiado nunca, ni he abierto sus cartas, ni he pedido la complicidad de la servidumbre para llegar al conocimiento de la verdad. A ratos, quiero suponer que el hecho irreplicable no se produjo. ¿Por qué supon-



# AVENTURAS DE HORMIGUÍN

AQUEL día, el señor Hormigo, su esposa doña Hormiga y el joven Hormiguín, su hijo, se hallaban almorzando y de mal humor.

La causa de que comieran era que tenían hambre, cosa que ocurre lo mismo a las hormigas que a las personas, y la causa del mal humor era que el jamón de mosca, que constituía la comida, estaba duro.

—O es que no has dejado freir este jamón bastante, o lo has sacado de la lumbre antes de tiempo—dijo severamente el señor Hormigo, dirigiéndose a su señora.

—¡Ni lo uno, ni lo otro!—protestó airadamente doña Hormiga, herida en su amor propio cocinero.

—Entonces es que la mosca era vieja.

—Sí—terció el joven Hormiguín, encantado de meter la cucharada—; yo la vi cuando los encargados del aprovisionamiento del hormiguero la trajeron; era una mosca muy vieja; por lo menos tendría sus treinta horas.

Al final de esta comida accidentada, toda la familia se reconcilió cariñosamente, y Hormiguín aprovechó la ocasión para comunicar a sus padres una gran resolución que había madurado largamente.

—He decidido—dijo—irme de aquí y correr el mundo en busca de fortuna.

Mamá Hormiga puso el grito en el cielo; pero en seguida, papá Hormigo, que raras veces era de su opinión, apoyó a su hijo, y, así, Hormiguín se salió con la suya, a lo cual estaba acostumbrado por haber sido desde su nacimiento el hormigo más consentido de la creación.

A la mañana siguiente, doña Hormiga entregó a su hijo las provisiones de boca, consistentes en una miguita de pan más grande que él; el señor Hormigo le dio su bendición, y nuestro héroe se puso en camino.

Anduvo así no sé cuántos metros. Cuando tenía hambre, se paraba, descargaba la miga de pan (la llevaba a la espalda), comía y volvía a cargar luego con sus provisiones. De pronto, se halló ante un obstáculo: era una pared. Hormiguín empezó a subir hasta que llegó a un balcón; ante él se abría un mundo desconocido, lleno de cosas extrañas y gigantescas: era un comedor.

Hormiguín se disponía a entrar, cuando se vió detenido por una barrera que le obligaba a dar un rodeo. Aquella barrera consistía en una cantidad de gruesos cables dispuestos en forma de enrejado colosal y poderoso. En medio del enrejado había un sér monstruoso. Hormiguín sintió un escalofrío de terror; pero oyó que el monstruo se lamentaba con voz desgarradora:

—¡Ay de mí! ¡Qué hambre tengo! Por aquí no pasa ya ni una mosca, y soy demasiado vieja para ir en busca de alimento.

(El enrejado de gruesos cables era una tela de araña, y el monstruo una araña vieja, reumática, y no digo que desdentada, porque dientes, ni de joven los había tenido.)

Al oír estos lamentos, Hormiguín sintió una gran compasión; cogió lo que le quedaba de la miguita y, sin vacilar, se lo ofreció a la araña.

La pobre, ¡ham!, se zampó el regalo. Luego, con sus largas patas torcidas por la gota, se acercó a Hormiguín, que sintió latir su corazoncito al pensar que

acaso el monstruo no estaba saciado y se lo iba a comer también. Pero se equivocaba.

—Has sido bueno y caritativo—dijo la araña—, y quiero recompensarte. Soy algo bruja, y te voy a dar tres talismanes.

Cortó de su tela tres hilos y se los dió.

—El primero—dijo—es un talismán de ingenio; el segundo, de fuerza; el tercero, de valor. Tú los sabrás usar a su debido tiempo.

Después de darle mil veces las gracias y de besarle siete veces cada pata, Hormiguín se alejó; siguió corriendo mundo.

riosidad. Y después, sin más consideraciones, abrió su boca, que parecía un abismo, y se zampó a nuestro pobre Hormiguín, el cual, en un relámpago de inspiración genial, tuvo tiempo de atar el primero de sus hilos mágicos a un colmillo de aquella boca formidable; y así pudo deslizarse hasta el fondo del abismo.

Cuando se detuvo en su caída, se hallaba en un verdadero laberinto, sombrío y singular. (Era el estómago de Tití.) Afortunadamente, Hormiguín no había soltado el hilo salvador, que era—no lo olvidemos—el hilo del ingenio. Sujetándose con una pata, tanteó con las otras, y

diente en aquel suelo, y quedó estupefacto: ¡la montaña era dulce!

Sí, Hormiguín había encontrado esa cosa fabulosa de la que tantas veces había oído hablar en el hormiguero patrio, pero que en su vida había visto. Esa cosa extraordinaria, ese tesoro inestimable que los hombres llaman ¡un terrón de azúcar!

Pero ¿cómo llevárselo? Era una locura pensarlo siquiera, y, sin embargo, la posesión de aquel hallazgo maravilloso significaba para toda su familia la fortuna, y para él los honores y la consideración de todo el hormiguero.

Entonces se acordó de su segundo hilo mágico, el hilo de la fuerza.

Con grandes trabajos, sudando la gota gorda, consiguió atar el hilo de la araña alrededor del precioso terrón. Luego, empezó a tirar...

Nunca he podido comprender—y, por lo tanto, no intentaré explicároslo—cómo pudo Hormiguín arrastrar carga tan colosal, y en tal forma bajar de la mesa, subir al balcón, bajar a lo largo del muro y volver a recorrer lo andado. Muy poderoso tenía que ser el talismán para que Hormiguín realizara tan formidables hazañas.

El hecho cierto fué que acabó por encontrarse cerca de su hormiguero patrio. En aquel momento vió ante él un lago—era un charquito de agua de la última lluvia en un hoyito de la tierra—, y en aquel lago, ¡horror!, una joven hormiga que se ahogaba y pedía auxilio.

Ya sabemos lo bueno que era nuestro amigo—de lo contrario no le daríamos este título—; no vaciló: sacó el tercer hilo mágico, el del valor, se lo arrojó a la desdichada y, a riesgo de ser arrastrado por el peso y perecer ahogado, salvó a la hormiga, que estaba medio desmayada.

Entonces, Hormiguín notó que la que acababa de arrancar a la muerte era una hormiguita realmente preciosa y que llevaba un vestido de raso negro sumamente lujoso. Pero su sorpresa fué enorme cuando la hormiga recobró el conocimiento y le dijo las siguientes palabras:

—Soy Hormigulinda, hija única del rey Hormigón XVII. Me has salvado la vida y, si quieres, me casaré contigo.

(Entre las hormigas, sobre todo cuando son princesas, está muy admitido que sean ellas las que ofrezcan su mano, sin esperar a que se la pidan.)

No intentaremos describir lo que fué el regreso triunfal del héroe a su patria, tanto más, cuanto que el rey Hormigón XVII, deslumbrado por aquella fortuna colosal, consistente en un terrón de azúcar, accedió con mil amores a admitirle como yerno.

El nuevo rey Hormiguín I ha conseguido preciosamente los tres hilos mágicos, a los que atribuye su salvación, su fortuna y su dicha.

Y, sin embargo, dicho sea en gran secreto, Hormiguín está equivocado: el ingenio, la fuerza y el valor no estaba en los hilos, sino en el que los llevaba; porque habéis de saber que la vieja araña que se decía bruja, lo era tanto como yo; y los tres hilos no tenían más virtudes mágicas que las que tiene el algodón con que vuestra mamá os zurce los calcetines.

Magda DONATO

Dibujos de BAROLOZZI.



Trepó por una enorme columna (un barrote del balcón), sufrió hambre y cansancio, y más de una vez echó de menos el hormiguero patrio, donde siempre había alguna lengua de mariposa en escarlata o algún trozo de lombriz en conserva.

Al fin, tras mucho caminar, nuestro héroe llegó al borde de la barandilla del balcón. Ya se disponía Hormiguín a explorar aquel mundo nuevo que se le aparecía, cuando vió con el terror que podéis suponer, que un enorme y peludo gigante se plantaba de un salto junto a él. (Aquel gigante era Tití, un monito que se hallaba sujeto a una cadena para recreo de su dueña.)

El desgraciado quiso huir; pero el gigante le atrapó con sus peludos dedos y se puso a contemplarle con gran cu-

encontró un trozo de papel, que se hallaba allí, desprendido de una de las pelotas que el ama de Tití le daba a éste para divertirse.

Hormiguín dobló el papelito, y fué enrollando, enrollando el hilo, logrando así salir del laberinto y ascender en el abismo hasta llegar arriba. Entonces aprovechó un bostezo del mono, que precisamente tenía sueño, para salir corriendo.

Se encontró sobre una vasta llanura desierta; era la mesa, a la cual el mono se había trasladado durante todo este tiempo. Hormiguín emprendió la travesía de la llanura. De pronto, se detuvo: ante él había una montaña blanca. Siempre aventurero, emprendió su ascensión.

No tardó en hallarse sobre una plataforma de bordas escarpadas. Hincó el



## LA EMOCIÓN DE COMPOSTELA

## El Sol

A Compostela le cuadran bien los celajes. Tanto he oído que la Ciudad del Apóstol ha de ser vista sin sol, que ahora, en las primeras horas de la tarde, mientras voy devanando mis meditaciones, a la par que las distancias, por la solemne extensión de esta plaza del Hospital, lamento ver el cielo tan zarco y dominador. Tiene el cielo de Compostela un azul infantil que le da el mar, no muy lejano aún, sin duda. La luz de julio cae como un don extraordinario en las dos altas torres de la Basílica, patinadas, escamosas, cubiertas de verdín, como después de una inundación o un diluvio. Las veo secar al sol extraño e insólito—como el sol del Polo—su humedad perenne, llanto de siglos. El azul es cada vez más dulce, palpitante y balsámico. Y las torres más viejas, denegridas, leprosas; y más erguidas y altaneras. Me duele que haga sol. Es aquí, en Compostela, la primera vez que me ocurre en la vida. La arena de la ingente plaza reluce y hace entornar los párpados; oro molido y olvidado.

Los campanarios parecen empinarse más, querer medrar o subir; sus peñas trabajadas, esculpidas, dibujan en el cielo impasible, pero cordial, algo como los meandros de un río, como un archipiélago en el mar, en el mar, no muy lejano aún de esta colina compostelana. La piedra de la Catedral es verdinegra y bronceada como roca de islote. De trecho en trecho, entre las esbeltas y encarnadas cruces de Santiago, campea la concha, símbolo de las peregrinaciones que confirma y remata el carácter pelágico con que se nos impone esta oración mineral, chorreante, casi cubierta de algas, emergente del mar de lágrimas del mundo en el valle de las penitencias y las consolaciones.

La luz va transformando la herrumbre y el verdín, y les arranca destellos rutilantes. Esta plaza única, majestuosa y gallega, parece una plaza de Italia. La gentil columnata que corre por el Obradoiro a la esquina de Fonseca, sonríe luminosa. El pórtico del Hospital resalta, negro y amarillo, como en un grabado. Una estatua insignificante que ocupa el centro del área indefinida y desahogada se ha disuelto en el sol, extinguida, nula. Sólo la blanca pincelada de la galería del Arzobispo detona e irrita entre los tonos generales, parduzcos, oceánicos, mientras los caballos de Ferreiro, encima del Consistorio, tienen una gracia cándida y armónica que despierta la indulgencia.

## La ciudad empedernida

Todo es de piedra en estas rúas, todo es de piedra en estas plazas. No sólo en los claustros, donde las losas cubren huecos; no sólo en la Quintana de Muertos, sino también en la Quintana de Vivos, en una casita barroca y amable, en la que, por bajo de la parra oronda y succulenta, se destacan unas frutas labradas en el granito. Y es grato suponer cómo dialogarán las uvas felices, los granos de pulpa y zumo, con las uvas del beruero, inmortales y desdichadas.

El triunfo de la piedra es tan abrumador en Santiago que han debido policromarse, pintarse todas las esculturas porque el rigor de su dureza e insipidez prometían durar muchos siglos, muchas eras, y como siempre se ama lo más de-

leznable, los maestros y los imagineros han pintado sus obras para que ya que no puedan alterarse los contornos, quepa que se borren los matices.

En esta ciudad hasta las chimeneas son de piedra, robustas, altas, macizas como sarcófagos. Los muchos sepulcros que faltan en capillas y claustros, parecen haber sido puestos en los tejados. Cuando estas chimeneas esparcen al viento sus airones de humo, cabe preguntarse si no serán los crematorios donde ardan los aromas de la fe entre las briznas de la Historia. Del aliento de las épocas subirán hilos de humo al cielo turquí. En la piedra quedará un remedo de los episodios, y las curvas de las letras que los conmemoren juntarán la trayectoria de la ascensión sutil, al grabarse inscripciones, lemas, epitafios, en recuerdo de turiferarias ofrendas o iracundos incendios. La ciudad, botafumeiro enorme, quiere ir al cielo hecha humo, humo de la humareda de la Vía Láctea, pero la piedra, incombustible y grave, guardará escritos en su entraña esos anhelos. Como aquel buen Arzobispo Bernardo II de Compostela, que contendió con la Sede de Toledo acerca de la primacía y cuyo túmulo bajo las archivoltas románicas del claustro del Monasterio del Sar ostenta este epitafio:

Traxit ab hac vita Bernaldus metropolita post hoc vile solum scandere posse polum.

La ciudad santa e incommovible quiere escalar al cielo, humear en espiras teológicas hasta el cósmico ensueño de las nebulosas.

Sin embargo, todo es aquí pátina y hue-lla; nada palpitation ni jadeo. La ciudad está empedernida.

## La lluvia

Unas nubes filamentosas están quietas sobre la ciudad muda. Las veo encima del paralelepípedo de San Agustín, mole de romano aspecto. Los vastos vellones celestes, surcados de estrias, amenazan al sol intruso, huésped esquivo.

Mientras paseaba y caía la tarde, los cirros se han despejado. Ahora, en el platanar de la Alameda, corre un viento malicioso y finísimo. Creeríase que unas manos discretas agitan la enramada. Son las mismas que del gran vedijón de nubes y brumas en que se ha tornado el cielo, cardan la lluvia que ha empezado a caer sobre Compostela.

Solitario, camino por la Herradura, desde donde se ve yacer a la ciudad sacra y solemne. De tarde en tarde, se desploma en la arena una gotita. Son tan tenues y espaciados los rumores, que los espero con inquietud e impaciencia. El toque de Angelus de todos los campanarios santiagueses, enrarece la luz; la bruma hace perder el contorno a la ciudad.

Primero es el címbalo de Santa Susana el que volteja detrás de mí con un repique animado y frívolo. La Basílica le responde con el coro de todas sus campanas, graves y alegres, socarronas e ingenuas. De la torre del Reloj se desprende esa campanada lúgubre, de abandonado acento, que es la voz del Apóstol a través del tiempo, más que la voz del tiempo mismo.

Oscurece más. La lluvia cae con más frecuencia y emoción. Se sienten ganas de extender las manos y sonreír, como los ciegos. Las gotas producen un desasosiego amedrentado y desconcertante, al caer furtivas e invisibles. El rumor de las enramadas húmedas alivia del tañido

de los campanarios. Se recortan el perfil de la ciudad, las torres de la Catedral, San Martín y el Seminario, algo del convento del Carmen, las dos torrecillas de San Francisco. Y las copas de bronce doblan para borrar, para aniquilar a Compostela, a la par que absorben la melodía de las arboledas agitadas y consoladoras.

Se oye una campana hendida, rota. Nadie podrá saber de dónde es. La niebla ha limado con éxito los perfiles. Las torres de la Basílica ya no son, como antes, torres ni meandros, ni escolleras en el mar del cielo. La gracia de su barroco ha perdido rigidez, y su imprecisa apariencia parece dotada de flexibilidad y blandura. Más que ásperas y altivas moles, se asemejan a dos árboles gigantes y fantásticos, a dos álamos enormes. La torre del Reloj y las dos pequeñas de San Francisco son unos cipreses de doliente fisonomía. La ciudad, toda de piedra, tiene ahora una gracia vegetal. Santiago es un jardín bajo la lluvia, que cae ya en rectas rayas mientras siguen doblando las campanas, para entenebrecerle y dejarle desempeñando y tremante, en el Angelus lluvioso.

## La plegaria inexorable

La mármorea columna labrada del parteluz del Pórtico de la Gloria, eje de su cílico conjunto y sostén del divino timpano, está hendida, hollada hondamente en cinco oquedades que han profundizado las depresiones del relieve escultórico. Y son cinco las huellas, como de las yemas de los cinco dedos de una mano. No fué una dura garra, no fué un férreo guantelete; han sido muchas manos blandas y piadosas las que, al posarse en el mármol rebelde, le han deprimido en fuertes hendeduras, que sirven de pauta a la mano peregrinante.

Quien rece un padrenuestro y un avemaría con la diestra aplicada a esas mordeduras, a esos arañazos hechos en la piedra, alcanzará cuanto pida, excepto fortuna en la lotería. Quien golpee su frente contra el rizado cabello de la escultura que, según dicen, representa al Maestro Mateos o al Arquitecto, y que se halla detrás del mismo parteluz, adquirirá talento y buena memoria. De tanto dar las cabezas de los fieles en la de la estatua, se le van alisando a ésta los crespos y ensoñados mechones, y, pasados unos siglos, quizás quede calva y monda de tanto como la golpeen los cráneos religiosos e insistentes. Algunos peregrinos prescinden de este coscorrón, pero nadie olvida rezar el padrenuestro y el avemaría con la mano en las cinco meallas, ahondando, arañando, escurbando en la columna. Y ha de llegar un día en que la plegaria inexorable devorará la piedra.

En estos días de fiesta del Apóstol, en que acuden a Santiago los campesinos de toda Galicia, ni un momento deja de apoyarse una mano en la huella del parteluz, acompañando la oración de unos labios trémulos. Y son viejos de bordón y romeros barbados y cubiertos de conchas y mozas de amarillas pañoletas y embarazosos zuecos... Todos van minando y royendo en su ansia postulante y pedigríen la más bella joya, la incomparable maravilla romántica.

Dientes de roedor son esas uñas, gusanos de carcoma esos dedos que en su voracidad insospechada se van comien-

do la piedra y seguirán extenuando tanto la columna del parteluz, que un día la quebrarán. Han de pasar cientos de siglos, pero un día la plegaria inexorable hará derribarse el tímpano de la Gloria y toda su pétreo paraíso de belleza. Y aquel día—sin duda el día de la Final—, el ángel dulce y melancólico, que a la izquierda del pórtico sueña con el celestial desenlace, clarinará en su trompeta alba dorada y eterna, y entonces, quizá empiecen a ser innecesarios la magnificencia y el consuelo de la hermosura y del arte.

## Asorey

Como existen dos tipos fundamentales de vascos, existen dos tipos fundamentales de gallegos. Los unos son densos, crasos, graves; los otros, sutiles, esquivos, aéreos. A esta última clase pertenece Asorey. Asorey es un obrero. Asorey es un alma. Tiene los ojos de un azul suave, de flor de espliego o de escabiosa; la nariz, ganchuda; la sonrisa, florentina. Pero sus ojos despejan toda la desconfianza que sus labios parecen pregonar. Son ingenuos, inocentes, como lirios floridos. Asorey tiene los hombros muy altos y camina doblando las piernas. Sin embargo, anda de prisa, demasiado de prisa; cuesta gran trabajo seguirle. Sospecho que va colgado de una hebra celeste, que le arrastra invisible y poderosa. Su maestro es Mateos; su amor, el pueblo galaico. Sus esculturas son candorosas y policromadas; su mirada, celeste. Asorey es un obrero. Asorey es un alma.

## Las dos hermanas

Son santiaguesas las dos. María Salomé parece una italiana. María del Campo, una andaluza. Y son muy semejantes, sin embargo, estas dos hermanas.

Cuando hablan, tienen la mirada distraída y remota, como si leyeran sus pensamientos inscritos en algún lugar alejado e invisible. ¿En qué lápida estarán grabados, en qué nube se deshilacharán los ensueños de estas dos muchachas? María Salomé está como pintada en una tabla. Su mirar tiene un brio sereno y constante. María del Campo es inquieta. Conjeturo que cuando lee sus pensamientos los lee en letras de fuego, porque guiña o entorna los ojos vivamente. María del Campo se me muestra como esmaltada en mayólica de reflejos metálicos.

Me place mucho pasear por la ciudad rigurosa, dura y grave, en compañía de las dos hermanas, lindas, gentiles, morenas. Me gusta encontrarlas, aunque a veces no se diría que me halaga ese regalo de la casualidad, porque las busco. Tienden sus brazos, desnudos sólo hasta el codo, y me dan la mano, siempre enguantada y afectuosa. María Salomé se adelanta y me oprime la diestra con firme e indiferente elegancia. María del Campo tuerce un poco la muñeca y se apodera de los dedos con el giro de su gracioso saludo en el que parece que nos va a escamotear algo, el corazón quizá. Muchas veces las busco porque no fío al azar el placer de hallarlas.

Por la noche, en la Alameda, persigo la esbeltez de sus siluetas. María Salomé lleva siempre sombreros grandes y oscuros que no distingo nunca. María del Campo tiene uno que es amarillo como la flor del azufre o los estambres de las



cuando lo lleva, es el arpon de mi mirada miope y vacilante.

De día, bajo los soportales de las rúas, el taconeo de las dos hermanas me hace soñar. A veces, me distraigo. Algún otro acompañante joven enmienda mi breve mutismo. María Salomé, que es locuaz, viene a socorrerme con su charla.

Pámanos por una calleja cuya angostura nos dispone de dos en dos. Surge una figura eclesiástica, desenvuelta y elegante. Es un canónigo. Sotana y mantos de alpaca. En su pecho negro y combado luce la caballeresca cruz escarlata. Sonríe a las hermanas, y dando con la teja un sombrero galante, saluda ceremonioso y cortésano:

—¡A los pies de ustedes!

La mundana reverencia del pulido calzonje se queda tras de nosotros deslindándose en el aire y en el tiempo. En la mañana renacentista, la luz es de tan excelente calidad que pone los labios risueños.

María Salomé, siempre imperturbable, mira a lo lejos serena y sossegada; María del Campo procura enfrenar su interior y jocundo bullicio. Advierto que desea contarme una anécdota o un secreto a voces. Voy entre las dos hermanas. María Salomé parece una italiana. María del Campo, una andaluza.

Mauricio BACARISSE

## HOMERO EN LA CALLE

FRENTE a la mesa del restaurante al aire libre en la que me dispongo a devorar en francés una chuleta de cordero con patatas, se detiene un señor correctamente vestido, como de unos sesenta años, con amplio bigote blanco y unos lentes respetables; a la cabeza, coquetamente inclinado sobre la oreja izquierda, lleva un hongo, uno de esos sombreros ahora tan calumniados y que son como la cúpula de todo edificio humano bien construido.

El aspecto total de este caballero es el de un alto empleado de la administración, o más bien el de uno de nuestros diputados... después de las dietas.

Hace un saludo reverente en tres idiomas—francés, español e italiano—a todo el público de la terraza del restaurante, desenfunda un enorme guitarrón que lleva bajo el brazo y, a sus sonos, empieza a cantar.

Primero canta un cuplé, un auténtico

y clásico cuplé francés, alegre, elegante, con sus gotas de menta; una de esas cosas que nuestros autores de cuplés, salvo excepciones, no han sabido traducir, haciendo, en cambio, de las variedades una especie de velatorio. Después, es una canción napolitana, retozona y lánguida a un tiempo: se masca el golfo. Más tarde...

Más tarde ocurre algo lamentable. Un matrimonio inglés que ocupa una mesa vecina tiene la diabólica idea de llamar al artista y pedirle que entone algo español; el artista obedece, y empieza a chamullar algo inconexo, que es como un pisto de sílabas.

Y, ¡cosa notable!, los muchos españoles que le escuchamos no entendemos ni una sola palabra de lo que aquel señor va cantando. De cuando en vez, llegan a nuestros oídos unos vocablos desgarrados: navaca... rega... dolorsitó... tu ma... Y como para dar el tono a todo

aquello, al final de cada verso el hombre se detiene, suspende el arpegio de la guitarra y exclama, como en un grito de guerra:

—¡Olé, olé!

Esto, por lo menos, se oye claro.

La cosa no la cuento como una novedad: en Biarritz abundan mucho estos concertistas al aire libre. Unas veces, es un hombre solo, como éste; otras es un padre con dos hijas, una de las cuales toca el arpa a cuatro manos; o un matrimonio, que desafina al cantar, como si se estuviera peleando en el propio hogar.

Y lo notable, lo verdaderamente ejemplar, es el respeto, la consideración, mezclada a un poco de piedad, con que el público oye a estos cantantes y tocadores callejeros. Si hacen el ridículo, todo el mundo les guarda el secreto de su ridiculez, sin quererla agravar con la mofa.

En otras partes no podría ser eso. Si frente a una de las terrazas de cualquier café de la calle de Alcalá se detuviese un día un señor de chaqué y bigotes blancos, y empezase a lanzar trinos al son de una guitarra, irían ocurriendo sucesivamente todas estas cosas: primero, antes de que el cantante hubiera terminado su primera estrofa, habríanse agrupado a su alrededor todos los golfos y desocupados del distrito, y muchos de los distritos próximos; segundo, los pollos bien que ocupasen las mesas empezarían elegantemente a tomar el pelo al artista, y para poner el buqué a su ramillete de humorismos, le encontrarían un extraordinario parecido con D. Juan de la Cierva; tercero, empezarían a caer sobre este Homero del arroyo ciertos objetos, tales como terrones de azúcar, pedacitos de bizcocho, las pajas de los refrescos en forma de dardos...; y cuarto, el buen hombre sería conducido a la Casa de Socorro, porque uno de los objetos,

más duro que los demás, le habría producido una lesión en el labio superior.

No habrá que decir que por estas tierras no pasa nada de eso. Aquí se le deja a cada uno que elija su medio de vida, sin discutirle la oportunidad de ese medio.

A un crítico francés no se le ocurriría nunca decir, hablando de un artista: «Este hombre, dedicado al cultivo de un género absurdo...»

Todos los géneros son buenos; lo malo, o lo bueno, es el cultivo. Sabiendo esto, el público de acá, en cada señor de chaqué y de lentes, que canta en la calle, ve un hombre que se está ganando su vida.

Y esta ocupación no puede hacerla reír, porque es la más seria del mundo.

Joaquín BELDA

### EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.  
Librería, Caballero de Gracia, 28.

#### Últimas novedades:

Gómez Carrillo: EL EVANGELIO DEL AMOR (novela), 5 pesetas.  
Guido da Verona: MIMI BLUETTE, FLOR DE MI JARDIN (novela), 5 ptas.  
Oteyza: ABD-EL-KRIM Y LOS PRISIONEROS (relatos de un sensacional reportaje periodístico), 4 pesetas.  
Machado: MUSEO, APOLO (verso).—Vol. II de sus obras completas, 4 ptas.

#### Libros recientes de gran éxito:

El Caballero Audaz: EL POZO DE LAS PASIONES (novela), 5 pesetas.  
San Germán Ocaña: LA RUTA DE LOS CAUTIVOS (novela), 4 pesetas.  
Carrère: LA MALA PASION (novela), 4 pesetas.  
Doctor Juarros: LA CIUDAD DE LOS OJOS BELLOS. TETUAN (crónicas), 5 pesetas.

Pedidos directamente a «MUNDO LATINO»

Apartado 502

Imp. de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.

## “Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

LADRILLOS REFRACTARIOS  
TUBERIA DE GRES  
Fábrica: PACIFICO, 12  
TELEFONO M 17-65

ESMALTE ORO “EL SOL”  
para dorar cuadros, espejos y retablos.  
La Casa más surtida en colores  
FLORENTINO PEREZ (S. en O.)  
Sucesores de Díaz Herrera  
HORTALEZA, 17

Pedid Coñac Lion d'or

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES  
ALVAREZ HERMANOS  
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL Calle de Alcalá esquina a Barquillo.  
Se admiten suscripciones y anuncios.

### TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Establecimientos Benninger. Uzwil (Suiza). Pidanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)  
VALVERDE, 20.—MADRID



Medias y calcetines de todas clases a precios reducidos. LA ESTRELLA, Hortaleza, 82 (esquina a Augusto Figueroa).  
Esta casa está preparando pieles confeccionadas para la próxima temporada de invierno.

## Aguas del Incio

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.  
Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)



# CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.-Por correo, 2 ptas.

**FARMACIA PUERTO**  
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



**CARLOS COPPEL**

**FÁBRICA DE RELOJES**  
FUENCARRAL, 27 - MADRID

CERTIFICADO DE GARANTÍA CON CADA RELOJ.

# DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.-Aparatos con o sin bocina.-Ventas al contado.-Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS  
de  
Raquel Meller

M. Serós

G. Flores

R. Leonís

Bailables  
modernos



DISCOS  
de  
Salud Ruiz

Ofelia  
de Aragón

G. Ortas

Óperas

Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a  
**FADAS - Peligros, 14 y 16 - MADRID**

ÚLTIMO PROGRESO ELÉCTRICO

# PHILIPS

## "ARGENTA"

CRISTAL OPALIN

**ALUMBRADO**

MEJOR  
REPARTIDO  
MÁS  
MODERNO



**LUZ**

MÁS  
Suntuosa  
MÁS  
DECORATIVA

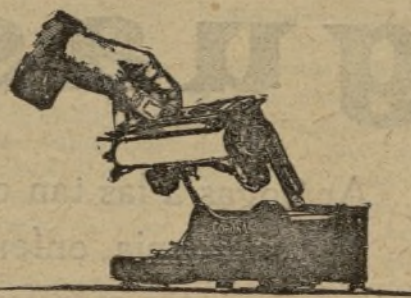
Al por mayor:

**ADOLFO NIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO**  
MADRID: San Agustín, 2. BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

# CORONA

La máquina de escribir perfecta

Se dobla como  
— un libro —



Sólo cuesta  
500 pesetas

Fabricada por Corona Typewriter Co. Groton  
**GASTONORGE C. A. - Sevilla, 16. - MADRID**